

# CRONICA DEL CLAUSTRO

---

## APERTURA DEL AÑO ACADEMICO DE 1936

El lunes 13 de abril, siguiendo la costumbre establecida, se iniciaron los actos de apertura a las 9.30 a.m. con la misa de Espíritu Santo que fué oficiada por Monseñor Aquiles Castañeda, Dean del V. Cabildo Metropolitano. Estuvieron presentes el Ilmo. y Rvdmo. Mons. Pedro P. Farfán, Arzobispo de la Diócesis; Mons. E. Vega, Secretario del Arzobispado; el R. P. Félix Jaffuel, Provincial de la Orden de los SS. CC.; el R. P. Jorge Dintilhac, SS. CC., Rector de la Universidad; el doctor Javier Correa Elías, Secretario de dicha institución, el cuerpo docente y los alumnos de las diversas facultades e institutos de la Universidad.

Después de la Misa, la concurrencia pasó al Salón de Actuaciones, en donde el doctor César Arróspide de la Flor, Decano accidental de la Facultad de Letras y catedrático de Historia del Arte, pronunció el siguiente discurso:

Excmo. Monseñor; Señores catedráticos; Alumnos:

Cumplo con singular complacencia el encargo que la Universidad Católica me encomienda en esta mañana, de saludar, en su nombre, a los catedráticos y alumnos que vuelven o se incorporan este año a la vida del claustro. Y me es singularmente grato el cometido, porque en pocos lugares como en una Universidad Católica tiene sentido tan levantado y espiritual el saludo. Es la bienvenida cristiana, más que toda otra, afirmación de unidad, mutuo reconocimiento de fraternidad en la fe, por encima de los frágiles y tornadizos vínculos que la simpatía o el interés terrenos crea entre los hombres.

La Universidad Católica da a su acogida esta significación porque su confesionalidad supone la unidad doctrinaria que robustece el alma institucional y le da un sentido afirmativo en la idea católica. No son sus aulas campo por donde discurren todas las corrientes ideológicas con igual autoridad y sin referencia a un criterio de certidumbre que redima a las mentes jóvenes de la estéril y desconcertante perplejidad en que tantas veces las mantuvo el sistema de enseñanza liberal, cuando no las indujo por desviadas sendas de error. Las universidades católicas, persuadidas y conscientes en su posesión de la verdad, al ejercer la nobilísima función docente, asumen la responsabilidad de una afirma-

ción que modela robustas las mentes, sin medrosas reticencias ni silencios, pero con orgánica y exacta jerarquización racional.

Es este propósito doctrinario el que inspira el saludo de nuestra Universidad, en el que quiere definir la misión salvadora que, en los inquietantes problemas de la época presente, corresponde a la clase intelectual que ella contribuye a formar.

Bien sabemos que la Iglesia ha llamado hoy a los seculares a colaborar, en forma oficial y organizada, con el apostolado jerárquico para contener el amenazador avance de la paganización social. La voz del Pontífice reclama la contribución de todas las conciencias fieles, cualquiera que sea su condición y estado, pues en las filas de la Acción Católica encontrará cada una el puesto exacto que le corresponda.

A la clase intelectual, dotada de excepcionales privilegios del espíritu, incumbe, en forma principalísima, decidir los destinos de un país, bien sea desde sus puestos dirigentes, bien como orientadora de los hombres llamados en un momento dado a la acción. Por esto gravita sobre ella la más grave e ineludible responsabilidad.

La mengua del concepto cristiano en las sociedades, que tan sensiblemente se ha acentuado a raíz de la Gran Guerra, ha sido el fruto, sin duda, del extravío, precisamente, de sus clases ilustradas y dirigentes. Estas, en el último siglo, continuando el proceso regresivo de los valores trascendentes, que desde el Renacimiento venían socavando las bases religiosas de la sociedad, precipitó la orientación laicista de gobernantes y legisladores hasta la abdicación total de los principios cristianos que le habían dado vida.

Deslumbrado el hombre con los fulgores de su inteligencia, que descubría, paso a paso, ámbitos insospechados en la Naturaleza circundante; dueño, día a día, de un nuevo secreto que los siglos habían ignorado, parecía que Dios, en ese siglo que orgullosamente se llamó a sí mismo "de las luces", iba a permitirle penetrar la insondable hondura del Universo. Mas, la posesión de tan cuantioso tesoro de saber embriagó la frágil naturaleza humana, y lo que debió ser un himno de alabanza y rendida gratitud al Creador, tornóse soberbia afirmación de la humana suficiencia e ilimitado culto a la investigación científica.

No halló el hombre objetivo digno de la actividad de su inteligencia fuera de las leyes positivas que rigen el mundo natural y se pensó superadas, por primitivas e imperfectas, las grandes épocas de fervor religioso y filosófico. La pasión positivista del siglo XIX creyó encontrar en la materia las leyes que habían de regir el mundo y el extravío condujo a los hombres hasta pretender construir una moral científica, para que, trasmutado monstruosamente el orden de los valores, las normas que rigen los dominios inferiores de la vida fueran acatadas en el plano superior de los espíritus.

La clase intelectual y dirigente del siglo XIX ganada a esta locura científica, desterró toda inspiración cristiana de las leyes y fundamentos de gobierno y abrió paso al laicismo que intentó negar a Dios en todos los órdenes de la vida.

Sin embargo, por mucho tiempo la sociedad, en el recinto privado del hogar, conservó las santas resonancias de la palabra divina y, mientras que las instituciones públicas afirmaban como atributo de perfección su desvinculación absoluta de las normas de la Iglesia, subsistía la reverente tradición de la familia cristiana. De allí el divorcio que tantas veces hubo de confrontarse entre la vida privada y la actuación pública de quienes pretendían explicar tal inconsecuencia, confinando la religiosidad al dominio sentimental y doméstico.

Mas, no en vano nuevas y nuevas generaciones advinieron a la vida bajo el signo fatal del laicismo y, paulatinamente, éste fue ganando a la sociedad en sus más recónditos fundamentos. Descristianizada, vive hoy a merced de los estímulos que la pasión terrena despertó en cada hora. Pero la obra de las "élites" materialistas, al mismo tiempo que sus frutos de ateísmo, en las conciencias, ha provocado en la sociedad el desequilibrio cada vez más flagrante de sus factores de producción. El liberalismo ha despojado al hombre de sus soportes espirituales en el momento en que debe afrontar la más dolorosa perturbación de sus condiciones económicas. Ambos males tienen el mismo origen y acusan ante todo la crisis espiritual del mundo contemporáneo.

El instinto vital de la humanidad había de provocar la reacción angustiada de toda etapa algida. Nos toca vivir a nosotros y participar en la contienda decisiva que se libra hoy en el mundo. Un nuevo orden social que restablezca el equilibrio perdido es necesario, pero precisa señalar el camino que nos conduzca a él.

Las mentes cegadas por el furor de la injusticia presente, pretenden superarla por la violencia y crear sobre sus escombros una sociedad nueva en la que el hombre afirme su plenitud terrena. Sociedad sin Dios que desoye la tremenda lección que los siglos acaban de dictarle.

Visión más honda la de los que meditan sin pasión y buscan la fuente redentora del mal en el espíritu. Al través de los siglos de extravío, la Iglesia mantuvo enhiesta la doctrina evangélica que lo afirmaba frente a la negación ensobrecida de los hombres. A ella se acogen las mentes más aventajadas de hoy y la señalan como solución salvadora. No es otra la razón del magnífico renacimiento católico que contempla nuestro siglo, en el que se enrolan tantos convertidos ilustres, que han abierto su alma a la luz, para señalar el derrotero a la humanidad perdida.

Las nuevas generaciones intelectuales serán responsables si su frivolidad o su cobardía dejó extinguir el eco angustiado de esas voces redentoras e incumplió el mensaje orientador que llevara sus resonancias a los confines del mundo. De su decisión depende franquear la ola materialista que pretende todavía avasallar.

Centros principalísimos de esta irradiación espiritual, las universidades católicas han de modelar el tipo del estudiante capaz de hablar el idioma nuevo del espíritu. Han de preconizar el sentido integral de la cultura que redima a la sociedad del tipo parcializado y deforme del técnico que ignora y desdeña todo aquello que rebase los límites de su especialidad. Concepción humanista de

al cultura ha de ser, en la más amplia y moderna acepción del vocablo, que descubre en todas las cosas la emocionante unidad de lo trascendente y que haga a los hombres más cabalmente humanos porque los acerque a Dios.

Pero muy lejos, no obstante, esta superación de la función intelectual, que la emplaza por encima del tantas veces mezquino practicismo contemporáneo despertando su preocupación y simpatía por los problemas superiores, del diletantismo infecundo y desorbitado de los que abandonan el contacto cotidiano y amoroso de la realidad. El nuevo estudiante no ha de desvincularse de los problemas concretos de su medio ni del tecnicismo racional y equilibrado que exigen las condiciones actuales de la vida. Más que nunca ha de ser comprensivo de ellos si aspira a cumplir su cometido, pero ha de valorizarlos con criterio cristiano y dominarlos con claro concepto de la dignidad y premacia humanas.

La actitud espiritual de este estudiante ha de imprimir fisonomía perdurable al alma; no ha de ser de condición intelectual que caduque con la culminación de una carrera. El estudiante ocasional, ajeno a la generosa dedicación y al amor al saber, que pretende sólo obtener un título para lanzarse a la vida profesional lucrativa con la misma insinceridad con que fue estudiante, está lejos de este tipo que debe realizar, más que toda otra, una universidad católica.

La perduración de él al través de la vida hará del profesional el hombre de saber continuamente renovado. La sólida estructuración mental que su formación idealista y amplia le aseguran, sustentará una actuación externa, congruente y resuelta. No se dará en el ejemplo del lastimoso divorcio que antes revelaron tantos entre sus ideas y sus actos, entre sus sentimientos íntimos y sus condescendencias con el pensar adverso. El profesional católico sabrá ser tal ante todos los problemas y su vida de hombre de fe y hombre de saber describirán la misma trayectoria, sin vacilaciones y sin torturas, con serena firmeza y clara conciencia de su destino.

Debemos procurar, catedráticos y alumnos de nuestra Universidad Católica, cumplir en la medida de nuestras posibilidades, con máxima decisión, este ideal formativo que nuestra época reclama. América está destinada, sin duda alguna, a ser campo fecundísimo de la renovación espiritual que vemos avanzar, o presa codiciada del extremismo marxista. Nuestra realidad espiritual, racial económica, en plena gestación, abre invalores y conturbadoras interrogaciones para el porvenir. Precisa todo el empeño y la persuasión de voluntades e inteligencias bien nutridas de doctrina para abordar con probidad y eficiencia los graves problemas que nuestra juventud histórica ofrece.

A la nueva generación intelectual católica está reservado un puesto de honor en esta conquista de futuro. Son muchos los errores por rectificar, porque fueron hasta ahora casi exclusivamente pensadores distantes de nuestro credo, cuando no sus adversarios enconados, los que abordaron los dominios inexplorados de nuestra realidad americana. La redención del indio, la inmigración, la cuestión agraria, las virtualidades económicas de nuestros inmensos e inexplotados territorios, los problemas todos de nuestras incipientes nacionalidades,

---

esperan al investigador paciente y honrado que diga su palabra orientadora y justa.

Hay una tradición católica secular y heroica que es necesario afirmar como baluarte de nuestra espiritualidad y los pensadores católicos han de entender como deber ineludible el de aportar su máxima cuota de saber a la labor constructiva que debe continuar esa tradición y de la que depende, en mucho, la suerte de mañana en Hispano-América.

Ninguna participación acaso de más noble y recia envergadura que ésta que corresponde a la clase universitaria en el panorama integral de los fundamentales intereses del catolicismo. Procuremos que la contribución aportada por nuestra Universidad sea cada año más valiosa y signifique, para nuestra Religión y nuestra Patria, beneficio perdurable y de cabal inspiración cristiana.

Terminado el discurso del doctor Arróspide que fué muy aplaudido, el Ilmo. y Revdmo. Mons. Farfán, en una corta y brillante improvisación tuvo palabras de reconocimiento para la obra de la Universidad y terminó declarando oficialmente inaugurado el año académico de 1936. Al terminar su discurso, el Arzobispo de Lima fue vivamente aplaudido.

Con el discurso de Monseñor Farfán terminó la ceremonia inaugural, siendo las 11.30 a.m.

---